

sus supersticiones y á sus intereses. Y desde Roma, donde se acogiera despues de haber pasado por Bolonia y por Venecia, Pedro de Médicis, acompañado de su hermano el cardenal Juan, que habia de ilustrarse con el nombre inmortal de Leon X en el Pontificado, ponía por obra todos los medios que le inspiraba y sugería su imaginación para perturbar á Florencia y destruir la República, secundado en ello por Alejandro VI, anhelante de arrancar aquel florón á la libertad y ornar con él ¡ay! las malditas sienas de sus protervos hijos. Pedro vivía la vida del epicúreo y del sibarita en Roma. Levantábase á las tres de la tarde; corría, apenas levantado, al juego; pasaba del juego á las grandes orgías y á las grandes borracheras; de las borracheras y las orgías á los lupanares donde su alma se anegaba cada vez mas en el vicio y su cuerpo se podría y gangrenaba en toda suerte de enfermedades inenarrables. Midiendo á los demás por su propia persona, debía sentir hácia ellos el desprecio que, allá en lo interior, experimentaba hácia sí mismo, y creyéndolos incapaces de la libertad, soñaba, no con restaurar las instituciones representativas, tales como las habian tenido sus ilustres progenitores, sino con restaurar el absolutismo. Flaco de fuerzas, oscuro de inteligencia, decaído de sentimientos, encenagado en todos los placeres, herido por las enfermedades mas vergonzosas, acribillado de deudas, inquieto y desasosegado á causa de sus insufribles ambiciones, arreglóse una banda de mil trescientos hombres y se dirigió á restaurar la tiranía en Florencia. Alejandro VI le dió recursos, el duque de Milan apoyo, Siena albergue, y Florencia misma una conjuración de su partido que minaba las instituciones democráticas y destruía la forma republicana. Su audacia fué tanta que llegó hasta las puertas de la ciudad, al amanecer; y acaso hubiera entrado sin el acuerdo de un campesino que notificó á la Señoría tan terrible amenaza. Cuando lo supieron los señores consultaron á Savonarola; y Savonarola les dijo que llegaría Pedro inútilmente á las puertas de la ciudad; porque estaba escrito que habia de volverse. Y en efecto, al ver apuntados á su pecho los cañones y los mosquetes que defendían los muros, Pedro de Médicis huyó, dejando perdida la propia causa y aumentada la autoridad del fraile.

Mas, despues de algun tiempo, quizás por la movilidad propia de los pueblos meridionales, habíase aumentado la oposición á Savonarola. Además

del partido irreconciliable llamado de los *arrabiati*; además del partido restaurador llamado de los *vigis*; apareció un tercer partido compuesto de jóvenes, que se llamaban los *compagnacis*. Este último era un partido mozo, inexperto, reclutado naturalmente en las generaciones recién llegadas á la vida, que traían una vocación contraria á la vocación de las generaciones sus generadoras, y que por tal sentimiento, echaban de menos la ciudad antigua, los bailes fabulosos, las carreras vistosas, los carnavales embriagadores, las justas y torneos, las academias de amor, las lecturas obscenas, los cánticos carnavalescos, la vida epicúrea; y vestidos de tisúes, perfumados de esencias, orgullosos de sus blasones y de sus prosapias, resueltos á restaurar la ciudad de los Médicis, maldecían de la austera República cristiana y juraban el exterminio del fundador y de sus partidarios. Por aquel tiempo decidió Savonarola pronunciar el sermón de la Ascension, y desearon y decidieron sus enemigos que no lo pronunciara de ninguna suerte. A este fin llenaron de inmundicias el púlpito, pusieron á su pié cohetes y tracas, clavaron clavos de punta en el sitio donde tenia el predicador costumbre de golpear con la mano para fortalecer la palabra. Y en efecto, al trasladarse desde el convento á la Iglesia mayor, tuvo que circuirse de una guardia armada y tuvo que presentarse como un cautivo y prisionero, él, que cautivaba las almas y las aprisionaba con los prodigios de su elocuencia. La Iglesia de Santa María de las Flores estaba henchida de gentes; y cuando Savonarola, con toda humildad y mansedumbre, decía que una vocación sobrenatural y casi divina le impulsaba fuertemente á subir al púlpito, horrible estruendo estalla; al estruendo sigue aparición y ruido de armas; al ruido de armas tumultos producidos por unos que huyen y otros que gritan; á los tumultos siniestra llegada de varios asesinos que, desnudos los puñales y airados los semblantes, dirígense á matar al predicador; á la llegada de los asesinos defensa violenta de los partidarios de Savonarola, uno de los cuales abofetea terriblemente al magistrado del partido contrario al pié del altar mayor: consecuencia indeclinable de las pasiones religiosas y políticas sobreexcitadas en aquellos combates. Entre tales circunstancias llega otro breve de Roma, y en el breve de Roma otra excomunión, que el 22 de junio, á pesar de las protestas de Savonarola fundadas en los mas puros principios teológicos y en las mas sábias disposi-

ciones canónicas, se publica en la catedral, donde se hallaba reunido todo el clero secular y todo el clero regular, entre el sonido de las campanas que se callan y el resplandor de las antorchas que se extinguen así que se publica la fatal sentencia, quedando el templo silencioso, triste, oscuro, cual un túmulo alzado sobre los abismos de la insondable eternidad. A este breve del Papa suceden discordias entre las órdenes monásticas, perturbaciones engendradas por los compagñacis que quieren á toda costa restaurar las antiguas gangrenadas costumbres, injurias y ofensas y apaleamientos y pedreas á la comunidad de San Marcos, sátiras y calumnias á la vida y costumbres de Savonarola, restablecimiento de las tabernas y de las zahurdas y de los burdeles, restauracion de los afeites engañosos y de los trajes provocativos, serenatas de los perfumados jóvenes interrumpidas por el choque de las espadas y el choque de los besos, olvido completo de la libertad y de la patria: costumbres pervertidas que aparejaban la opresion de los pueblos y la vuelta infeliz de los infames opresores. A pesar de todo esto, Savonarola se mostraba cada vez mas admirable: en la muerte del duque de Gandía, él, excomulgado, se dirigió al Papa, su juez, como un confesor pudiera dirigirse á un confeso; y durante la peste, resplandece á los ojos de todos y se exalta con la aureola del martirio, pues en aquel pánico general, mucho mas terrible que el pánico de la guerra, muestra la indomable energía de sus virtudes y el heroico desprecio á la muerte. La carta escrita con motivo del asesinato de Gandía ofende mas al Papa que todas las predicaciones del monje y le incita fuertemente á sostener su excomunion y á pedir que la autoridad civil selle materialmente la boca moralmente cerrada por la autoridad eclesiástica. Savonarola calla por seis meses ante este caso de fuerza mayor; y se consagra con todo ahinco á probar la pureza de su propia doctrina y la ineficacia de la excomunion. Su palabra aparece ó desaparece conforme suben ó bajan gobiernos amigos en la continua movilidad á que las sociedades democráticas están sujetas por la continua sucesion de las elecciones. Entre la Señoría de Florencia y la curia de Roma se empeñan negociaciones diplomáticas sobre la palabra del monje, tan prolijas é intrincadas, cual si de una guerra ó si de un pacto internacional se tratase. Savonarola, con esas genialidades propias de su natural violentísimo, se levanta un dia, y congrega á los fieles, y dice

misa al son de las campanas y del órgano, y da la comunión á los penitentes, y preside solemnes procesiones, y quema objetos carnavalescos en la plaza de la Señoría bajo la estatua de Lucifer rodeado por los siete pecados capitales; y en torno de una cruz alzada en el atrio de San Marcos hace que los novicios dancen sagradas danzas como David ante el arca y los frailes entonen religiosos y suaves himnos en loor del Crucificado: nuevas demostraciones de su menosprecio por la excomunion y nuevos motivos de ofensa y queja suministrados al Pontífice. Y á medida que el Papa se ofendía y se quejaba, Savonarola decia con mayor insistencia cuán necesaria iba apareciendo cada dia mas la reforma de la Iglesia y la convocatoria del Concilio.

Alejandro VI se irritó con irritacion digna de un Borgia. Él, que devoraba con tanto furor á sus enemigos, no podia clavar las garras de águila en las carnes de Savonarola. Furioso y ciego de ira llamó á los embajadores de la Señoría, y les dijo que si no hacian callar al fraile irreverente y temerario, capaz de insultar á la Santa Sede y de herir con su lengua de víbora al Sumo Pontífice, estaba resuelto con resolucion irrevocable á cerrar las iglesias florentinas, á incomunicar su clero con toda la cristiandad, á prohibir el comercio de los pueblos cristianos con sus mercaderes, á poner el territorio de la República en verdadero entredicho para que lo invadiesen y lo conquistasen los príncipes de la tierra: amenazas agravadas con tales acentos de furor, con tales ademanes de ira, con tal relampagueo de sus ojos y estremecimientos tales de sus nervios, que los embajadores salieron de allí aterrados y elevaron una comunicacion á la Señoría pintándole todos los horrores que la predicacion del fraile contenia para la misérrima Florencia. A mayor abundamiento, una noche, en las calles de Roma, los embajadores florentinos estuvieron á punto de ser asesinados; y allí, donde no se salvaban del asesinato ni los hijos del Papa ni los maridos de Lucrecia, bien podia decirse que estaban completamente á merced de la muerte.

La Señoría llegó á comprender en qué desigual combate se empeñaba y se decidió por fin á prohibir la predicacion de Savonarola. El dia 18 de marzo de 1498 fué tambien el dia último de sus gloriosas misiones. Nunca mas tierno, mas sencillo, mas dulce, mas triste. Predicó sobre las causas primeras y las causas segundas, colocando en esta última categoría á los sacerdotes, á los

Reyes, á los Papas, que perdian su carácter y su ministerio, en cuanto contrariaban á la causa primera y capital, cuyos impulsos debian todos secundar á una. El gran tribuno, el gran sacerdote, el gran orador, aquel luminosísimo sol de la elocuencia en el Renacimiento se puso y se apagó en nubes de la mayor tristeza, en ocaso sombrío y trágico, y por trágico y por sombrío, digno tambien de su nombre y de su gloria.

En cuanto bajó del púlpito; en cuanto se vió sin la palabra divina en los labios, sin la muchedumbre atónita á su alrededor; privado de comunicarse con los fieles y de dirigirse á los desgraciados para consolar los dolores de este, y enjugar las lágrimas de aquel, y devolver sus fuerzas al que desmaya y de ceñir sus alas á la idea que se abate ó al ánimo que se apoca para volar por los cielos; al verse así, destituido de todo aquello que constituia su vida, dirígese al Papa y le notifica con ardor la declaracion de una guerra á muerte. En seguida coge nerviosamente su pluma, la moja en la sangre que destila su corazon, la tiende febrilmente sobre el papel, y la obliga con el imperio de su voluntad á escribir los documentos, en que mas relampaguea la furia de su invectiva y la energía de su elocuencia. Son aquellos documentos otras tantas cartas escritas á los primeros potentados de Europa, al Emperador Maximiliano de Alemania, al Rey Carlos VIII de Francia, á los Reyes don Fernando y doña Isabel de España. A todos les dice que Roma es la abominacion de las abominaciones y Alejandro el malvado de los malvados, el cual ha conseguido la tiara por la simonía y la ha conservado por el crimen, manchando la Iglesia de Dios con sus adulterios y apercibiendo para todos cuantos pueden remediar aquel mal y no lo remedian las llamas del infierno; y despues de estas ideas generales, con aquel sabio arte de expresar las cosas mas oportunas y de mover los corazones mas cerrados, dirígese á cada cual en particular y le dice á Maximiliano, vanidoso de suyo, cómo ofende su indiferencia la augusta majestad del Imperio; á Fernando y á Isabel cómo no importa que levanten templos materiales tan espléndidos y que arranquen tierras tan extensas á los infieles y á los paganos si dejan arruinarse en las conciencias la Iglesia espiritual de Jesucristo; y á Carlos VIII que los reyes reinan por su palabra y que él ha prometido acorrer al clero, corregir al Papa, rehacer la disciplina, convocar el concilio, traer el remedio; y todo esto urge,

porque la eterna Basílica del catolicismo se desploma sobre las espaldas de los católicos. De estas cartas solamente la de Carlos VIII salió con un emisario particular de Savonarola. Este emisario cayó en poder de los condotieros de Luis el Moro; y este Luis el Moro, perverso por naturaleza y como tal amigo de Alejandro VI, envió la carta al Papa. Cuando el Borgia la leyó, demudóse y juró la muerte del profeta. Morirá, mas en su hoguera se consumirá el alma de la Edad media y se romperá la unidad de la Iglesia católica. El santo, el profeta, el mártir ofrecerá á los potentados de la tierra la reforma de la Iglesia; y los potentados de la tierra, desoyéndole, preferirán, ciegos y sordos, á la reforma la revolucion. Tras el patíbulo de Jerónimo Savonarola se alza la sombra de Martin Lutero.